



ALEX RICHTER-BOIX

EL PRIMATE QUE CAMBIÓ EL MUNDO

NUESTRA RELACIÓN
CON LA NATURALEZA
DESDE LAS CAVERNAS
HASTA HOY

geoPlaneta
CIENCIA



ALEX RICHTER-BOIX

El primate que cambió el mundo

NUESTRA RELACIÓN CON LA
NATURALEZA DESDE LAS
CAVERNAS HASTA HOY

EL PRIMATE QUE CAMBIÓ EL MUNDO

Nuestra relación con la naturaleza desde las cavernas hasta hoy

1.ª edición

geoPlaneta

Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.es - www.geoplaneta.com

© Editorial Planeta, S.A., 2022

© Textos: Alex Richter-Boix, 2022

Imagen de cubierta: © Giorgio Morara/Alamy/ACI

Imagen de contracubierta: © Prisma Archivo/Alamy/ACI

(ambas extraídas de *El jardín de las delicias*, de El Bosco)

Imagen p. 260: *El bosque tiene oídos, el campo tiene ojos*, de El Bosco

Diseño de cubierta: Sophie Guët

ISBN: 978-84-08-25213-9

Depósito legal: B. 17.503-2021

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

SUMARIO

Prólogo	7
La profundidad del tiempo	11
Caminando entre cíclopes	19
Un gran todo en el cielo	45
Hacedor de mundos	71
Nuestro mundo es su mundo	95
El devorador de hombres	123
Eran nuestro animales	149
Paisajes enfermos	179
La vida indómita	207
El bosque tiene oídos, el campo tiene ojos	243
Bibliografía	263

CAPÍTULO I

LA PROFUNDIDAD DEL TIEMPO

Lluvia, lluvia y más lluvia. Tanta que los mares engulleron islas y continentes enteros, que los bosques se anegaron y los animales se vieron zarandeados de un lugar a otro. Después, poco a poco, la tempestad fue cediendo, el cielo se abrió lentamente y los mares se retiraron dejando tras de sí un paisaje sembrado de cadáveres. La fuerza de las mareas transportó a pesados paquidermos desde su hogar tropical hasta lo más recóndito de la estepa siberiana o el lejano continente americano. Esta era la explicación que, a finales del siglo XVIII, ofrecían los naturalistas europeos cada vez que encontraban molares y colmillos de elefantes en lugares en los que esas bestias nunca habían habitado. El diluvio universal del que hablaba el Antiguo Testamento debía de haber esparcido y enterrado sus cuerpos por todo el planeta. Aquellos restos pertenecían a los elefantes a los que Noé no había dado cobijo en su arca, que habían sido arrastrados hasta aquellas remotas latitudes a merced de las aguas que inundaban la Tierra. Tal explicación contaba con el beneplácito de toda la comunidad científica, excepto de Georges Cuvier, un naturalista francés que el 4 de abril de 1796, con apenas veintiséis años, sorprendió al mundo.

Aquel día el joven Cuvier dio su primera gran conferencia en la Academia de Ciencias de Francia, y lo que empezó como una mera charla de anatomía comparada derivó en una verdadera revolución. A Cuvier le bastó con estudiar la estructura de los molares de elefantes traídos de África y Asia, así como la de aquellos que, aparentemente víctimas del diluvio, habían ido a parar a Siberia y América del Norte. Las diferencias eran sustanciales. Cuvier llegó a la conclusión de que los elefantes africanos y asiá-

ticos no eran de la misma especie, algo que hasta entonces había pasado inadvertido, y descubrió que estos se distinguían a su vez de los restos antediluvianos de Siberia y de América del Norte. Los restos siberianos los bautizó con el nombre de «mamut» y los norteamericanos con el de «animal de Ohio», en referencia a su lugar de procedencia, aunque años más tarde se impondría el de «mastodonte».

Un intenso murmullo debió de recorrer la sala de la Academia de Ciencias. ¡Elefantes en América y en Siberia! Aquello era asombroso. Seguro que muchos se preguntaron cómo era posible que nadie en aquellos lugares supiera de la existencia de dos bestias de semejante tamaño, mientras otros proyectaban expediciones en busca de aquellos nuevos paquidermos... Pero entonces Cuvier lanzó una pregunta todavía más sorprendente: «¿Qué ha sido de esos enormes animales de los que hoy no tenemos rastro?». El auditorio enmudeció. Probablemente ni siquiera entendieron a qué se refería. Algunos asistentes debieron de elucubrar dónde podrían encontrarse y por qué nadie los había visto, pero ninguno esperaba lo que Cuvier dijo a continuación: «Se han esfumado de la faz de la Tierra». Aquellos vestigios, en palabras del joven naturalista, eran la prueba de un mundo previo al suyo que había desaparecido para siempre.

Aquella afirmación parecía una provocación: era de todo punto inconcebible que una especie pudiera llegar a desaparecer. A finales del siglo XVIII la extinción de especies todavía no era un fenómeno aceptado como en el presente, por mucho que no siempre le atribuyamos la importancia que merece. Todos hemos visto imágenes de osos polares atrapados en témpanos de hielo a la deriva; de orangutanes huyendo, entre máquinas excavadoras, de lo que antes era una selva; de cadáveres de rinocerontes cuyo cuerno han rebanado los cazadores furtivos... Y aunque solo se habla de unas pocas especies, son muchas las que están en peligro de extinción, en todos los ecosistemas del planeta. Se estima que, en lo que queda de siglo, podrían desaparecer hasta un millón de especies. Aunque desconozcamos muchas de sus consecuencias, la extinción es hoy un fenómeno asumido.

Los naturalistas del siglo XVIII concebían el mundo como algo infinito, eterno y constante. Pensaban que las creaciones de

Dios no podían ser destruidas, pues ello violaría el equilibrio de la naturaleza y la cadena de los seres (*Scala naturae*) que desde los tiempos de Aristóteles habían permitido ordenar de manera lineal y continua todos los organismos de la naturaleza. Por tanto, en ese universo conceptual no tenían cabida especies que hubieran desaparecido como el mamut o el animal de Ohio. La idea de Cuvier revolucionó la visión del mundo y sacudió los cimientos del pensamiento convencional. Y, como era de esperar, encontró un buen número de detractores.

Muchos científicos se aferraron a la convicción de que la complejidad del mundo no podía haber surgido de la propia naturaleza, sino que debía responder a un diseño inteligente. El mundo era como un gran jardín exquisito y perfecto, y por tanto estático. Las especies no podían cambiar ni, mucho menos, dejar de existir. La pérdida de uno de sus elementos implicaba la imperfección del sistema, lo cual no era posible. Por eso pensaban que el número de especies no solo era fijo y limitado, sino que había permanecido inmutable desde la creación. La idea de la extinción de los mamuts era una aberración tan difícil de aceptar que algunos creyeron que debían de seguir deambulando por rincones lejanos y poco explorados de Asia y América. En Estados Unidos, Thomas Jefferson organizó expediciones por el continente para buscar ejemplares vivos del «animal de Ohio». Confiaba en hallar manadas de aquellos paquidermos entre los espesos bosques norteamericanos, pero obviamente no dio con ninguna. Poco a poco, a medida que aumentaban las evidencias, la idea de Cuvier fue ganando adeptos entre la comunidad científica. No obstante, su concepto de extinción distaba mucho del nuestro, pues en su caso los seres humanos no jugaban un papel importante. La naturaleza se veía como un cuerno de la abundancia que se podía exprimir a voluntad. Quizá nuestra pasividad ante la destrucción del mundo natural tenga que ver con ese pensamiento tan arraigado en nuestra cultura y al que Cuvier tampoco escapaba: la naturaleza como fuente inagotable. Cortamos, quemamos, sustituimos bosques por plantaciones confiando en que algún día volverán. ¿Cómo no pensarlo? ¿Cuántas ruinas no han sido engullidas por la naturaleza? Los mares parecen inacabables, de sus aguas se sacan redes llenas de peces año

tras año. Ni la caza, ni la pesca ni la tala de bosques podían estar detrás de una extinción. Ni el ser humano ni ninguna otra criatura tenían la capacidad de erradicar toda una especie. Solo una catástrofe de grandes dimensiones podía hacerlo. Una que, en el caso de los mamuts, debió de producirse en tiempos remotos, antes de que existiera la humanidad. Para Cuvier, las extinciones eran un fenómeno esporádico y tormentoso que se remontaba al «tiempo profundo (o geológico)» de la historia de la Tierra.

UN AVE EXTINTA RESUCITADA EN 'ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS'

El estudio detallado de los distintos estratos fósiles llevó a Cuvier a imaginar un planeta sacudido por sucesivas catástrofes: inundaciones, terremotos y placas de hielo de dimensiones bíblicas que arrasaban una y otra vez con los organismos vivos del momento. Su revolución conceptual acababa recurriendo al diluvio universal, pero en él no había cabida para Noé y su arca: nadie salía al rescate de los animales. Cada desastre natural se los llevaba por delante y después solo quedaban huesos y polvo, restos que hablaban de episodios apocalípticos tras los cuales el Creador volvía a crear nuevas formas. Cuvier rechazaba las ideas evolucionistas de algunos de sus contemporáneos, pues no había observado en los fósiles evidencia alguna de la transformación de las especies a través de formas intermedias. Por el contrario, percibía cambios abruptos y la sustitución de unas formas por otras: destrucción y renovación, cataclismos que permitían al Creador diseñar nuevas especies y experimentar con nuevas formas. Cuanto más antiguos eran los sustratos, más se diferenciaban los organismos fosilizados de los presentes. Cada nuevo hallazgo hacía más difícil negar la realidad de las extinciones, supuestamente originadas por grandes desastres naturales.

Fue así como la sociedad empezó a tomar conciencia de su propia fragilidad. ¿Podría ocurrirles a los seres humanos lo mismo que a aquellas bestias del pasado? ¿Llegaría a extinguirse la humanidad? En 1820, el escritor romántico Percy Bysshe Shelley publicó *Prometeo liberado*, un drama lírico en el que describía las bestias prehistóricas popularizadas por Cuvier, comprimidas y

retorcidas entre los sedimentos de la corteza del planeta, mientras lanzaba la funesta advertencia de que un día la humanidad terminaría engrosando aquel panteón fósil. Unos años después, en 1826, veía la luz *El último hombre en la tierra*, de Mary Shelley, una obra apocalíptica de ciencia ficción en la que la humanidad es aniquilada por una plaga. Las ideas catastrofistas de Cuvier estaban en el trasfondo de aquellos primeros experimentos literarios que imaginaban la extinción humana. Para Cuvier, las especies no menguaban y se fragmentaban poco a poco hasta que agonizaban y desaparecían, como vemos que ocurre actualmente, sino que eran arrasadas por una avalancha de hielo, un terremoto o una erupción volcánica. El final era siempre, según él, abrupto y violento.

Pero Cuvier se equivocaba, como bien le hizo saber años más tarde el geólogo británico Charles Lyell. Este pensaba que el planeta cambiaba continuamente y que nunca había dejado de hacerlo. Se levantaban montañas, se abrían mares, se erosionaban cordilleras y se formaban puentes de tierra entre continentes para después desaparecer. La geología era dinámica, y si el sustrato cambiaba, las plantas y los animales tenían que verse inevitablemente afectados. Forzados a migrar, los recién llegados debían competir con los organismos autóctonos, por lo que la extinción de algunas especies era irremediable. Según Lyell, las extinciones llevaban produciéndose desde la noche de los tiempos, y no necesariamente de forma abrupta. No eran fenómenos puntuales, como pensaba Cuvier al invocar el diluvio universal, sino que ocurrían continuamente.

Por eso Lyell apenas pudo contener su entusiasmo cuando halló unos documentos fechados en 1755 –casi medio siglo antes de que Cuvier presentara su novedosa hipótesis de las extinciones– que relataban y databan la aniquilación de una especie concreta, la del dodo. Hoy sabemos que la datación propuesta por Lyell de la extinción del dodo es errónea, pues hace alusión al momento en el que los conservadores del museo de la Universidad de Oxford desecharon un ejemplar disecado de esa ave a causa de su mal estado. En realidad, los últimos registros de un dodo vivo se remontan a 1690, cuando miembros de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales los vieron por última vez en

la isla de Mauricio. Una especie se había extinguido y la humanidad ni se había percatado de ello. ¿Qué pensarían los marineros de la época? Para muchos naturalistas franceses, el dodo era un ser imaginario, tan real como un grifo o una esfinge. De hecho, cuando Francia tomó el control de la isla de Mauricio en 1710, sus naturalistas no encontraron rastro del ave. No podía ser de otro modo, porque llevaba extinta un par de décadas, pero prefirieron pensar que aquellas aves descritas por los marineros holandeses eran producto de su imaginación. Sin embargo, los holandeses y portugueses que frecuentaban la isla tuvieron que percatarse por fuerza de la ausencia del ave. La conocían bien y la habían cazado para aprovisionarse cuando desembarcaron por primera vez en la isla en 1598. Los holandeses incluso la denominaron *walckvögel* («pájaro repulsivo», por el mal sabor de su carne). Era un ave enorme e incapaz de volar, atrapada en una isla, de manera que no podía pasar inadvertida. ¿Cómo es posible que nadie se preguntara qué había pasado? Ni siquiera había transcurrido un siglo entre la llegada a la isla de los marineros europeos y la desaparición de la especie. Lyell lo tuvo claro: se había extinguido, y sin que hiciera falta ningún cataclismo para ello; bastó la llegada a la isla de los seres humanos, con sus cerdos y sus ratas.

Hasta entonces nadie había interpretado aquella ausencia como una extinción. Del mismo modo que Thomas Jefferson se había aferrado a la idea de que los mastodontes vagaban por lugares inexplorados, los marineros debieron de pensar que aquel animal habitaba plácidamente en alguna otra isla remota. El dodo enseguida cayó en el olvido. Para los naturalistas franceses, ni siquiera había llegado a existir. Lyell sí creía en los relatos de los marineros y en los restos que decían haber desechado en la Universidad de Oxford, y gracias a él terminó por aceptarse la hipótesis de que los seres humanos estaban detrás de la desaparición de tan carismática ave. En pocos años el dodo se convirtió en todo un icono de las especies extintas. Incluso fue objeto de monografías, aunque no se supiera casi nada de él (como de hecho sigue ocurriendo hoy en día), y de reconstrucciones anatómicas para la primera Exposición Universal, celebrada en Londres en 1851. Millones de visitantes pudieron hacerse una

idea de cómo era aquella ave gorda y torpe que un día había habitado en la isla de Mauricio. Su popularidad fue tal que, en 1865, Charles Lutwidge Dodgson, más conocido por su nombre artístico de Lewis Carroll, la convirtió en un personaje de *Alicia en el país de las maravillas*, donde representaba la estupidez de la clase política. El dodo, que tiene el «privilegio» de haber sido la primera especie documentada en ser borrada de la faz de la Tierra por la acción del hombre, solo podía seguir existiendo en un libro de fantasía.

La sociedad empezó a darse cuenta por aquel entonces de que la naturaleza era finita, aunque aún hoy lo olvidemos demasiado a menudo. Las especies pueden agotarse y desaparecer. Sin embargo, poco se ha hecho para salvaguardar una naturaleza tan frágil y delicada. Hay quienes piensan que la humanidad está por encima de cualquier otra especie animal o vegetal, y con esta consigna se ha ido devorando medio mundo. Desgraciadamente todavía estamos lejos de saciarnos. La extinción del dodo por culpa de la acción del ser humano es un destino compartido por muchas especies. Nunca sabremos cuál fue nuestra primera víctima, pero sí sabemos que nuestros efectos sobre la naturaleza se pierden en el «tiempo profundo» del que hablaba Cuvier, esa época remota en la que los mamuts vagaban en manadas por Europa.

Cuvier tenía parte de razón al atribuir la extinción de las especies fosilizadas a las catástrofes naturales. Hoy tenemos evidencias de extinciones masivas causadas por estos fenómenos, como el famoso asteroide que puso fin al reinado de los no menos famosos dinosaurios hace 64 millones de años. Pero, a diferencia de lo que el célebre naturalista francés siempre defendió, no hay ningún cataclismo que explique la muerte de los mamuts. Al fin y al cabo, quizá no haya tantas diferencias entre el dodo de Lyell y el mamut de Cuvier. Son dos gigantes que sucumbieron cuando una nueva especie irrumpió en sus respectivos mundos: el *Homo sapiens*.